

Roland Barthes (*)

Evaluación, lectura y olvido

Los textos corresponden a "S / Z" huella de un seminario de dos años en la *École Pratique des Hautes Études*, en la que Barthes (Nacido en Cherburgo, 1915) analiza una novela de Balzac. El texto está dividido en capítulos y lexias (unidades de lectura).

1. La evaluación

Se dice que a fuerza de asceticismos algunos budistas alcanzan a ver un paisaje completo en un haba. Es lo que hubiesen deseado los primeros analistas del relato: ver todos los relatos del mundo (tantos como hay y ha habido) en una sola estructura: vamos a extraer de cada cuento un modelo, pensaban, y luego con todos esos modelos haremos una gran estructura narrativa que revertemos (para su verificación) en cualquier relato: tarea agotadora ("Ciencia con paciencia, El suplicio es seguro") y finalmente indeseable, pues en ella el texto pierde su diferencia. Esta diferencia no es evidentemente una cualidad plena, irreductible (según una visión mítica de la creación literaria) no es lo que designa la individualidad de cada texto, lo que lo nombra, lo señala, lo rubrica, lo termina; por el contrario, es una diferencia que no se detiene y se articula con el infinito de los textos, de los lenguajes, de los sistemas, una diferencia de la que cada texto es el retorno. Por lo tanto, hay que elegir: o bien colocar todos los textos en un vaivén demostrativo, equipararlos bajo la mirada de la ciencia indiferente, obligarlos a reunirse inductivamente con la copia de la que inmediatamente se los hará derivar, o bien devolver a cada texto no su individualidad, sino su juego, recogerlo —aun antes de hablar de él— en el paradigma infinito de la diferencia, someterlo de entrada a una tipología fundadora, a una evaluación. ¿Cómo plantear pues el valor de un texto? ¿Cómo fundar una primera tipología de los textos? La evaluación fundadora de todos los textos no puede provenir de la ciencia, pues la ciencia no evalúa; ni de la ideología, pues el valor ideológico de un texto (moral, estético, político, alético) es un valor de representación, no de producción (la ideología no trabaja, "relleja"). Nuestra evaluación sólo puede estar ligada a una práctica, y esta práctica es la de la escritura. De un lado está lo que se puede escribir, y del otro, lo que ya no es posible escribir: lo que está en la práctica del escritor y lo que ha desaparecido de ella. ¿Qué textos aceptaría yo escribir (re-escribir), desear, proponer, como una fuerza en este mundo mío? Lo que la evaluación encuentra es precisamente este valor: lo que hoy puede ser escrito (re-escrito) lo escribible. ¿Por qué es lo escribible nuestro valor? Porque lo que está en juego en el trabajo literario (en la literatura como trabajo) es hacer del lector no ya un consumidor, sino un productor del texto. Nuestra literatura está marcada por el despiadado divorcio que la institución literaria mantiene entre el fabricante y el usuario del texto, su propietario y su cliente, su autor y su lector. Este lector está sumergido en una especie de ocio, de intransigencia, y, ¿por qué no decirlo?, de seriedad; en lugar de jugar él mismo, de acceder plenamente al encantamiento del significante, a la voluptuosidad de la escritura, no le queda más que la pobre libertad de recibir o rechazar el texto: la lectura no es más que un referéndum. Por lo tanto, frente al texto escribible se establece su contravalor, su valor negativo, reactivo: lo que puede ser leído pero no escrito: lo legible. Llamaremos clásico a todo texto legible.

V. La lectura, el olvido

Leo el texto. Esta enunciación, conforme con el "genio" de la lengua francesa (sujeto, verbo, complemento), no es siempre verdadera. Cuanto más plural es el texto, menos está escrito antes de que yo lo lea, no le someto a una operación predicativa, consecuente con su ser, llamada lectura, y yo no es un sujeto inocente, anterior al texto, que lo use luego como objeto por desmontar o un lugar por investir. Ese "yo" que se aproxima al texto es ya una pluralidad de otros textos, de códigos infinitos, o más exactamente pedidos (cuyo origen se pierde). Objetividad y Subjetividad son ciertamente fuerzas que pueden apoderarse del texto, pero son fuerzas que no tienen afinidad con él. La subjetividad es una imagen plena, con la que se supone que sobrecarga el texto, pero cuya plenitud, amañada, no es más que la estela de todos los códigos que me constituyen, de manera que mi subjetividad tiene finalmente la misma generalidad de los estereotipos. La objetividad es un relleno del mismo orden: es un sistema imaginario como los otros (aunque en él el gesto castrador se señale más ferocemente): una imagen que sirve para hacernos designar ventajosamente, para darme a conocer, para conocerme mal. La lectura sólo comporta riesgos de objetividad o de subjetividad (ambas son imaginarias) en la medida en que se define el texto como un objeto expresado (ofrecido a nuestra propia expresión), sublimado bajo una moral de la verdad, unas



Roland Barthes

veces laxa y otras ascética. Sin embargo, leer no es un gesto parásito, complemento reactivo de una escritura que adornamos con todos los prestigios de la creación y de la antenandad. Es un trabajo (por eso sería mejor hablar de un acto *lexeológico*, o incluso *lexeográfico*, puesto que también escribo mi lectura), y el método de este trabajo es topológico: no estoy oculto en el texto, sólo que no se me puede localizar en él: mi tarea consiste en mover, trasladar sistemas cuya investigación no se detiene ni en el texto ni en "mi" operatoriamente, los sentidos que encuentro no son comprobados por "mi" ni por otros, sino por su marca sistemática: no hay más prueba de una lectura que la calidad y resistencia de su sistemática; en otras palabras, que su funcionamiento. En efecto, leer es un trabajo de lenguaje. Leer es encontrar sentidos, y encontrar sentidos es designarlos, pero esos sentidos designados son llevados hacia otros nombres, los nombres se llaman, se reúnen y su agrupación exige ser designada de nuevo: designo, nombro, renombro así pasa el texto es una nominación en devenir, una aproximación incansable, un trabajo metonímico. Por lo tanto, frente al texto plural el olvido de un sentido no puede ser recibido como una falta. ¿Olvidar en relación a qué? ¿Cuál es la suma del texto? Es posible olvidar algunos sentidos, pero sólo si se ha elegido echar sobre el texto una mirada singular. De todas maneras, la lectura no consiste en detener la cadena de los sistemas, en fundar una verdad, una legalidad del texto y, en consecuencia, provocar las "faltas" de su lector, consiste en embragar esos sistemas no según su cantidad finita, sino según su pluralidad (que es un ser y no una cuenta): paso, alravesio, articulo, desencadenado, pero no cuento. El olvido de los sentidos no es cosa de excusas, un desgraciado error de ejecución: es un valor afirmativo, una manera de afirmar la irresponsabilidad del lector, el pluralismo de los sistemas (y cerrarse la lista, reconstruiría fatalmente un sentido singular: *lexeológico*): precisamente leo porque olvido.

IX ¿Cuántas lecturas?

Hay que aceptar también una última libertad: la de leer el texto como si ya hubiese sido leído. Aquellos que gustan de las bellas historias podrán ciertamente comenzar por el final y leer primero el texto tutor que se ofrece en anexo en su pureza y su continuidad, tal como ha salido de la edición, es decir, tal como se lee habitualmente. Pero nosotros, que tratamos de establecer un plural, no podemos detener ese plural en las puertas de la lectura, es necesario que la lectura sea también plural, es decir, sin orden de entrada: la "primera" versión de una lectura debe también poder ser su versión última, como si el texto fuese reconstituido para acabar en su artificio de continuidad, estando entonces el significante provisto de una figura suplementaria: el desplazamiento. La relectura, operación opuesta a los hábitos comerciales e ideológicos de nuestra sociedad que recomienda "tirar" la historia una vez consumida ("devorada" para que se pueda pasar a otra historia, comprar otro libro, y que sólo es tolerada en ciertas categorías marginales de lectores (los niños, los viejos y los profesores), la relectura es propuesta aquí de entrada: pues sólo ella salva al texto de la repetición (los que olvidan releer se obligan a leer en todas partes la misma historia), lo multiplica en su diversidad y en su plural: lo saca de la cronología interna ("esto pasa antes o después que aquello") y encuentra de nuevo un tiempo mítico (sin antes ni después), cuestiona la profetización que intenta hacemos creer que la primera lectura es una lectura primera, ingenua, fenoménica, que luego sólo habría que "explicar", que intelectualizar (como si hubiese un comienzo de la lectura, como si todo no hubiese sido ya leído: no hay una primera lectura, aunque el texto se esfuerce por crear en nosotros una ilusión mediante algunos operadores de suspensión, artificios espectaculares más que persuasivos); no es ya consumo, sino juego (ese juego que es el retorno de lo diferente). Por lo tanto si —contradicción voluntaria en los términos— se releer inmediatamente el texto, es para obtener, como bajo el efecto de una droga (la del reconocimiento, la de la diferencia), no el texto "verdadero", sino el texto plural: el mismo pero nuevo.

